

## LA CONCEPCION DE LA POLITICA EXTERIOR NORTEAMERICANA A TRAVÉS DEL PENSAMIENTO DEL PROFESOR RAYMOND ARON

Hace ya algunos años el eminente sociólogo, filósofo y notable humanista francés Raymond Aron, destacadísima figura de la intelectualidad del país vecino, y muy especialmente dentro del ámbito de los círculos liberales más ortodoxos, daba a la imprenta el original de un libro fuera de serie —titulado en su primitiva versión francesa *République impériale-Les Etats-Unis dans le monde (1945-1972) (America's Foreign Policy)*—, lamentablemente muy deficientemente divulgado y comprendido, en el que, globalmente, y desde una amplísima perspectiva en cuanto al tiempo se refiere y haciendo gala de una objetividad poco común —escasamente demostrable en la generalidad de los autores que, en ocasiones precedentes se han ocupado de analizar el mismo tema—, nos ofrecía, con una singular rigurosidad científica, la interpretación de lo que, a lo largo de casi cincuenta años, ha supuesto para no pocos de los países del mundo el impacto de la *politica exterior* llevada a cabo por los Estados Unidos de América bajo el mandato, más o menos afortunado, de sus últimos siete presidentes. La aportación realizada por el eminente pensador galo es, en honor a la verdad, extraordinaria, puesto que, entre otras muchas cosas, el análisis del profesor Raymond Aron entraña la inapreciable cualidad —muy rara de advertir en esta clase de estudios— de ser, ciertamente, fruto directo de su paciente investigación, es decir, que ninguna mano extraña ha intervenido en la redacción de las páginas del libro al que estamos haciendo referencia. Por otra parte, conviene no olvidar este dato: muy pocas personas estaban en el secreto de que, justamente, el autor citado iba consumiendo sus mejores horas en la laboriosa redacción de estas páginas. Consecuentemente, segunda cualidad fuera de serie de la citada obra, subyace en un hecho muy simple, a saber: no se trata de un libro de carácter sensacionalista como, salvo muy honrosas excepciones —en la hora presente—, suelen serlo los que, con insoportable vulgaridad, rozan idéntico tema. La obra, pues, que durante tantos años constituyó, al unísono, el recreo y el martirio del admirado profesor puede perfectamente considerarse, y no estamos (aun-

que lo parezca) ante el inevitable tópico, indispensable para conocer con algún detenimiento el porqué de los bruscos cambios que, en casi medio siglo de existencia, ha venido experimentando la política internacional sostenida por el poderoso país norteamericano. En efecto, muchísimas de esas situaciones oscuras, inexplicables y difícilmente justificables que de forma tan corriente, en determinados momentos de la vida de un pueblo hacen su aparición, son examinadas con agudeza, recto criterio y admirable equilibrio por el doctor Raymond Aron.

Una referencia detenida, profunda y diáfana sobre su pensamiento politicosocial referido al mundo norteamericano, nos impone, ante todo, el cumplimiento de una condición esencial: disponer de generosísimo espacio editorial y, al mismo tiempo, efectuar una referencia sumamente concreta al contenido doctrinal de otro de sus más bellos trabajos monográficos—el siempre evocado libro de *Paz y Guerra*<sup>1</sup>—. Esta obra, precisamente, nos prueba que el ilustre pensador francés no es, ni mucho menos, un espontáneo en la específica disciplina de las relaciones internacionales—siempre, cosa inevitable, se sospecha de las garantías que un filósofo puede ofrecernos al enfrentarse con el estudio de aquellos temas que, *a prima facie*, parecen estar distanciados del quehacer meditativo—. Teniendo bien a la vista ese excepcional precedente, a nuestro parecer, resulta admirable la modestia con la que el doctor Raymond Aron procede al emprender la tarea de analizar, cuidadosa y minuciosamente, la *política exterior* del pueblo norteamericano. El lector atento del primero de los libros que hemos citado—libro que en primorosa versión castellana ofrece al lector español Alianza Editorial<sup>2</sup>—advertirá, desde las primeras líneas del mismo, los innumerables «rodeos» que el autor galo efectúa para, en un rasgo de máxima honestidad intelectual, exponer lo que considera como *el justo título*, en virtud del cual, efectivamente, irrumpir en el estudio del inquietante tema que queda subrayado: *la línea ascensional y decadente de la política internacional desarrollada por los Estados Unidos de América*.

\* \* \*

Para el profesor Raymond Aron, cosa que el propio autor ha confesado públicamente en múltiples ocasiones, nunca resultó fácil el dar cima a esa empresa intelectual. Empresa, por un infinito número de

<sup>1</sup> ARON, RAYMOND: *Paix et guerre entre les nations*, París, 1962, 700 pp.

<sup>2</sup> ARON, RAYMOND: *La república imperial*. Traducción de Demetrio Náñez, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1977, 389 pp.

problemas, muy superior a las posibilidades humanas y académicas de una sola persona. Por eso, nos advierte, «la historia contemporánea, disciplina plenamente admitida en las universidades, no ha resuelto las contradicciones que la reducen, según ciertos eruditos, a un género literario que tiene excesivas afinidades con el periodismo. ¿Cómo escribir un libro —analítico o meramente narrativo— de la acción exterior de los Estados Unidos desde 1945 sin disponer de una cohorte de asistentes capaces de reunir y estudiar la enorme cantidad de literatura —prensa, memorias, libros, entrevistas— que ha ido suscitando cada uno de los episodios acaecidos en estos cincuenta últimos años...?»

¿Qué derecho nos asiste para interpretar los motivos de los actores mientras continúen faltándonos innumerables textos esenciales, mientras la mayoría de los archivos de casi todos los países sigan cerrados para nosotros y, simultáneamente, haya multitud de informaciones dudosas que perturban y desconciertan aún más que las aludidas lagunas de documentación?

La acción exterior de los Estados Unidos nos brinda ejemplos sobresalientes de tales contradicciones, porque es a la vez la mejor y la peor conocida de todas las acciones similares de los demás Estados. Todos admitimos que la escena internacional ha sido dominada desde 1945 por sólo dos actores: *las dos Superpotencias, los dos Grandes, los Supergrandes, los Estados-Continentes* (quedémonos con la denominación que más nos agrade). Pero resulta que estos hermanos-enemigos no tienen nada de similares: sociedad abierta y sociedad cerrada; oligarquía accesible al público y oligarquía que se disimula tras los arcanos del Kremlin; Washington, que es capaz de todo menos de callarse, y Moscú, donde la lectura de la Prensa sigue siendo para los embajadores extranjeros la principal fuente de información...»

Aun habiendo dado cima a tan sugestivo y laboriosísimo quehacer el profesor Raymond Aron no parece, en ningún momento, plenamente satisfecho de su trabajo. Reiteradamente declara que la conclusión final de su investigación sobre la *política exterior* norteamericana bajo ningún concepto entraña la finalidad de la crítica: «Aunque yo pudiese juzgarlos —manifiesta en las páginas de *La República Imperial*—, no intento ni justificar ni condenar a los Estados Unidos. Por supuesto, marco aquí y allá el intervalo entre lo que se ha hecho y lo que se habría debido (o podido) hacer para alcanzar los objetivos propuestos o para fijar objetivos próximos, más acordes con la finalidad global; pero me abstengo de pretender convertirme en intérprete de la conciencia universal. Detesto la tiranía estaliniana impuesta a cien millones de europeos al día siguiente de la guerra librada en nombre

de la liberación de los pueblos; pero reconozco que, siendo lo que son las relaciones interestatales, dentro de un sistema heterogéneo, la voluntad estaliniana de expandir su régimen hasta donde alcanzaran sus ejércitos concuerda con las prácticas habituales. No hay razón para lanzar la responsabilidad sobre los Estados Unidos so pretexto de absolver a Stalin, quien jamás aspiró al angelismo y se burlaba de tan presunta inocencia.

Análogamente, aunque casi nadie pone ya en duda el error cometido por los diplomáticos estadounidenses al intervenir en Vietnam, el esfuerzo por salvar al régimen no comunista de Saigón se inscribe naturalmente en la lógica de la postguerra. Si una de las dos Alemanias hubiese suscitado o sostenido revueltas en la otra, la opinión exterior habría acusado a la revoltosa de violar las reglas del juego. ¿Es que los pueblos no aceptan ya tales reglas? Es posible: la revuelta moral se atiene sobre todo a la desmesura de los medios empleados y a las pérdidas infligidas a una población a la que las armas estadounidenses tenían la obligación de proteger.

Tal reticencia no significa que yo me adhiera a una interpretación cínica de las relaciones interestatales y que no admita sino juicios de oportunidad o de eficacia. *Las apreciaciones de moralidad o de legitimidad política pertenecen a un género complejo y mal definido*, que algo aclararán —así lo espero— los argumentos de este libro.»

Si se anhela, en verdad, conocer con cierta profundidad las principales constantes de la *política exterior* norteamericana es preciso, entre otras muchas cosas, alejar el falso espejismo que, quierase o no, suscita el juzgar la *política exterior* estadounidense por lo acontecido en la década de los años treinta: Los años 1917-1939, e incluso los años 1898-1939, sugieren —en opinión del profesor Raymond Aron— una idea falsa de lo que había sido, desde 1783, la acción exterior de Estados Unidos. Quizá también los años 1941-1968 den una idea igualmente falsa, con lo que la crisis actual, desatada por la guerra de Vietnam y por la protesta contra la «carga imperial» estaría anunciado nuevas rectificaciones. En todo caso, el historiador se arriesga a cometer errores de interpretación si fija su mirada sólo sobre el período de 1914-1939, sólo sobre el siglo xx. *Nada más «tradicional» ni más conmovido por la herencia del pasado que la diplomacia de un Estado, su modo de percibir el mundo internacional y su idea de concebir cuál debe ser su participación en él.* Ahora bien, aun a riesgo de escandalizar a los historiadores profesionales por esta división tan simplista, me permito distinguir —sugiere el eminente intelectual francés— tres grandes períodos en la historia diplomática de Estados Unidos: el primero,

que va de 1783 a 1898 (es decir: del Tratado de París a la guerra contra España); el segundo, de 1899 a 1941 (o 1947), y el último, que comienza con Pearl Harbor o con la Doctrina Truman (marzo de 1947), está terminando quizá en estos últimos años.

¿Por qué se oponen los dos primeros períodos? Considerados globalmente, cada uno de ellos se opone al otro en *lo esencial*. Mientras que el movimiento de ideas y acontecimientos de finales del siglo XVIII hasta la terminación del siglo XIX conduce a un orden pensado y querido por los fundadores, *los Founding Father*—una República soberana que abarque la mayoría del espacio norteamericano y, por ello, geopolíticamente insular—, a partir de fines del siglo XIX, el observador ya no discierne ni la lógica de tal intriga ni los objetivos de sus actores. A finales del siglo pasado, ya se había cumplido el proyecto nacional de los fundadores de la República americana. Durante el medio siglo siguiente, esta República buscó un objetivo, y pasó, según su humor, de uno a otro. *La diplomacia estadounidense de hoy conserva ciertos hábitos contraídos durante el primer período o el segundo.*

\* \* \*

Hubo un momento, a juicio del profesor Raymond Aron, en el que los Estados Unidos de América hicieron sentir, por vez primera, todo su «peso» y «poder» al resto del mundo. Ese momento, siguiendo la concepción expuesta por el eminente pensador francés, hay que cifrarlo en el día en el que, para bien o para mal—cuestión que está todavía por decidir—, repudiaron de forma radical el célebre *Tratado de Versalles*: Su repudio del *Tratado de Versalles* ante la negativa del Senado a firmarlo, el negarse a formar parte de la *Sociedad de Naciones* y su repliegue hacia el aislacionismo, toda esta historia, tantas veces contada, no constituye, sin embargo, más que un paréntesis o un intervalo en el destino de los Estados Unidos... Desde ese día, ciertamente, en multitud de ocasiones el pueblo norteamericano, en un elevadísimo tanto por ciento, tendría en sus manos el destino de muchísimos pueblos del orbe. El hecho referido, pues, no merece mayor comentario—cuando menos en profundidad—. Ahora, eso sí, lo que parece esencial es el tratar de comprender en qué consistió la referida novedad. Dos son los caminos que pueden llevarnos, según el ilustre autor francés, a contar con una aclaración lo suficientemente diáfana—convengamos, desde ya, en que ambos caminos son absolutamente complementarios—: convertidos en la potencia dominante del He-

misferio Occidental y, en escala planetaria, en la primera potencia, los *Estados Unidos entran contra su voluntad en la política mundial*; es que ya no tienen que habérselas con tribus indias, ni con un Imperio Español decadente, ni con un Imperio Británico complaciente o resignado, sino con Estados análogamente resueltos a defender sus derechos e intereses. *No querían entrar en el sistema internacional europeo*, cuya corrupción siempre denunciaron, y se ven convertidos en miembros de pleno derecho del sistema planetario, que presenta los mismos o incluso peores vicios.

Tomada panorámicamente, subraya el profesor Raymond Aron, la acción exterior de Estados Unidos, en el período 1898-1940, sólo parece tener unidad por sus contradicciones, sus violentos cambios, su incapacidad de elegir una línea de conducta y atenerse a ella, o sea: por el repudio del universo interestatal, tal como éste se ha desarrollado durante siglos y tal como los Estados Unidos lo han aprovechado, para su beneficio y a costa de franceses, ingleses, italianos y españoles, alternativamente, aunque sin tomar conciencia de ello. Los estadounidenses jamás habían reconocido la similitud existente entre su expansionismo continental y el imperialismo de los otros Estados; sin vecinos que los amenacen y siempre ricos en espacio, llegaron a finales del siglo XIX a la madurez que Hegel les había anunciado: «América del Norte está todavía en estado de desbrozamiento; cuando, como en Europa, se haya estancado el crecimiento de los agricultores, y cuando sus habitantes, en lugar de expandirse hacia afuera, hacia nuevos campos, se replieguen en masa sobre sí mismos, hacia las industrias y el comercio de las ciudades, y constituyan un sistema compacto, sólo entonces sentirán la necesidad de convertirse en un Estado orgánico... *Estados Unidos es, pues, el país del porvenir, y allí se manifestará, en tiempos venideros, la gravitación de la historia universal, quizá mediante el antagonismo entre América del Norte y América del Sur.* Es un país de ensueño para todos los que ya están aburridos del traqueteo de la vieja Europa. Así lo había dicho el propio Napoleón: "Esta vieja Europa me aburre." Los Estados Unidos deben separarse del terreno sobre el que ha transcurrido hasta ahora la historia universal.»

Naturalmente, en orden a comprender la concepción que de los Estados Unidos de América nos presenta el insigne filósofo de allende los Pirineos es preciso quemar apresuradamente etapas y situarnos, justamente, ante el segundo momento en el que ya, clarísimamente, los norteamericanos mandaban en el mundo: la época del celeberrimo Plan Marshall. Nunca, anteriormente al mismo, la mente de ningún economista por genial que pudiéramos considerarlo había engendrado

tan singular y magnífico método para penetrar y dirigir las estructuras económicas de gran parte de los países de la tierra.

Hay quien piensa, examinando el referido Plan, que, en efecto, los Estados Unidos, políticamente hablando, jugaron en esa memorable ocasión con la «ventaja» de tener en sus manos, entre otras muchas cosas, el «as» de oros. Lo demás, por supuesto, resultaba sumamente fácil. Por eso mismo, por su aparente sencillez e ingenuidad casi infantil, no han faltado las interrogantes tamizadas del más puro y dramático maquiavelismo. He aquí, por ejemplo, la que el propio doctor Raymond Aron nos depara: ¿Significaba el Plan Marshall, tal como lo afirman ciertos revisionistas de la escuela populista o paramarxista, la declaración de la guerra fría? El ofrecimiento se dirigía tanto a la Unión Soviética como a los otros países del Este; y todavía hoy se preguntan los historiadores por qué, tras dudarlo cuarenta y ocho horas, Stalin decidió decir *no*, con estilo agresivo, después de haber enviado a París a su ministro de Relaciones Exteriores, acompañado por una importante delegación...

¿Por qué Stalin, conforme a las previsiones de la mayoría de los expertos del Departamento de Estado estadounidense, no intentó entrar en el juego..., aunque no sea más que para entorpecerlo? Todavía hoy —considera el autor a cuyo pensamiento nos venimos refiriendo—, me inclino por una interpretación clásica: el dominio soviético sobre Europa Oriental era aún demasiado reciente y demasiado frágil para que Stalin se atreviese a correr el riesgo de mantener abiertas las comunicaciones entre Occidente y los países que quería integrar, a toda costa, a otro universo.

\* \* \*

A juicio del profesor Raymond Aron, otra característica de la *política exterior* norteamericana que conviene tener bien presente es la concerniente a la época comprendida entre 1945 y 1947. Es la época, curiosamente, de la llamada «obsesión» legitimadora norteamericana: Entre 1945 y 1947, los diplomáticos estadounidenses fundaban su actuación en un doble principio de legitimidad: *hacer elecciones libres, símbolo y expresión de la voluntad de los pueblos y volver a tomar su papel tradicional de potencia insular*, espontáneamente opuesto a la monarquía universal (según el vocabulario de Montesquieu) o a la dominación incondicional de *un solo Estado* sobre el continente europeo. Impedir que la Unión Soviética llenara al vacío dejado por la

desaparición del Reich, más el agotamiento de las viejas naciones, teóricamente victoriosas; ese objetivo era evidente, en 1946-47, para cualquiera que pensara en las relaciones interestatales según las categorías tradicionales, si no eternas. La crítica de la actuación estadounidense en Europa, so pretexto de que deriva de la ideología de la «puerta abierta», parece, en tales circunstancias, irrisoria y casi absurda. Es claro que la Europa no-soviética permanece abierta a los capitales y a los intercambios, incluso los europeos que hoy disienten del sistema monetario y comercial centrado en torno de los Estados Unidos, quieren que Europa siga estando «abierta»... a menos que sean marxistas-leninistas. La inversión de los papeles—los Estados Unidos son agresivos en razón de su sistema social—muestran el mismo simplismo y la misma arrogancia que la versión estadounidense de los extremistas de la guerra fría, o la versión estaliniana de erigirse en juez supremo del bien y del mal histórico. El estalinismo presentaba por entonces bastantes caracteres monstruosos... para excusar ciertos excesos de la propaganda occidental. *Por horrible que sea la guerra de Vietnam, no excusa el retorno a una visión maníquea en la que se sustituye a un demonio por otro.*

De todas formas, como es bien sabido—aunque al profesor Raymond Aron no se le olvida rozar este extremo—, los Estados Unidos se erigieron en paladines de no sabemos qué enigmáticos peligros. A partir de 1947, consecuentemente, la diplomacia estadounidense se impuso un objetivo defensivo y preciso. A su vez, los responsables de entonces ya saben lo que quieren y alcanzan sus fines. Roosevelt no pensaba en el mundo intelectual con los mismos conceptos que Stalin. Este modelaba al mundo conforme a su propio sistema de pensar; Truman aceptaba que el mundo fuera tal como lo veía o lo quería Stalin. Es una conversión que señala *the finest hour* de la diplomacia estadounidense en Europa... conversión demasiado radical, ya que conduce, pocos años después, a esa misma diplomacia a pensar el mundo interestatal menos en su complejidad que según el esquematismo de la propaganda estaliniana. *Hace veinte años, la crítica le reprochaba a Roosevelt haber ignorado la naturaleza del régimen soviético, y hoy la crítica le reprocha a su sucesor el haber extendido al planeta la contención que resultó necesaria en Europa.*

Cabe, efectivamente, registrar—si aceptamos las tesis defendidas por el profesor Raymond Aron—que, efectivamente, a partir de 1955 se inicia un radical recrudescimiento en los procedimientos defensivos. En Europa, subraya el pensador francés, la finalidad defensiva de la diplomacia estadounidense, a partir de 1955, no daba lugar a dudas.



El rechazo *verbal* del reparto de Alemania, el no reconocimiento de la República Democrática Alemana y la salvaguardia de los sectores occidentales de Berlín disimulaban mal la auténtica resignación al *statu quo*, pues ¿no era acaso la mejor manera de mantenerlo, negarlo verbalmente? Además, los europeos de entonces temían, no el carácter defensivo y la prudencia de la diplomacia europea de Estados Unidos, sino todo lo contrario: las decisiones imprudentes y las iniciativas aventureras. Ni los franceses, ni los ingleses, ni los alemanes denunciaban el doble juego estadounidense ni su acuerdo implícito sobre el reparto, que se escondía tras las batallas propagandísticas. Cuando más, en 1953, Churchill, antes de resultar alcanzado por un ataque, tuvo la intuición de que se presentaba la ocasión de negociar con Moscú.

*Es a partir de 1956 y de las dos crisis que se desataron simultáneamente en Europa Central y en el Cercano Oriente, que los europeos tuvieron conciencia de su subordinación al Gran Hermano y del precio que tenían que pagar por la seguridad que les garantizaba otro más poderoso que ellos.* Reducido no a lo esencial, sino a la percepción que de ello tuvieron los europeos, el acontecimiento combinado de Hungría y Suez comportaba dos alineaciones, inevitables e incompatibles: por un lado, todos los miembros de la Alianza Atlántica denunciaban la represión que el ejército rojo hacía contra la revolución húngara; y, por el otro, los Estados Unidos, coaligados con la Unión Soviética, movilizaban a las Naciones Unidas y a la conciencia universal para condenar a los franceses y los ingleses. Resultado: la acción de los occidentales seguía siendo verbal e ineficaz, mientras que la acción soviético-estadounidense contra los anglo-franceses alcanzó su finalidad.

\* \* \*

Para Raymond Aron, tesis sustancialmente polémica—nos imaginamos que no será objeto de aceptación por no pocos politicólogos de la hora presente—, cabe considerar de brillante y trascendental la llegada del presidente Kennedy a la Casa Blanca. Con él, una vez más, tenían lugar en el mundo norteamericano diversas trasmutaciones, a saber: el retorno del prestigio, el poder y el equilibrio ideológico. Luego, como es harto notorio, la tragedia de Dallas acabaría con ese tríptico de ilusiones y esperanzas. En definitiva, y es lo que—siguiendo el pensador francés—vamos a recordar, la llegada de J. F. Kennedy a la Casa Blanca inaugura el período más dinámico

de la diplomacia estadounidense, sembrado de fracasos, el más humillante de los cuales es, sin duda, el fiasco del desembarco en la Bahía de los Cochinos, y también éxitos, como lo es—y bien glorioso—el resultado de la segunda crisis cubana. Analizándolo en toda su dimensión, este período conduce a la aparente supremacía mundial de 1963, a la que sigue la caída espectacular y el desgarramiento de la sociedad estadounidense a propósito de la guerra de Vietnam. He usado palabras, como *aparente* y *espectacular*, que sugieren incertidumbres de juicio. Es que, entre 1963 y 1972, los datos materiales no han variado mucho, por lo que nos falta la visión retrospectiva para decidir cuál es la significación auténtica del ascenso y la decadencia, peripecias que, por dramáticas que sean, quizá sólo merezcan algunas líneas en el relato que escribirán los historiadores del porvenir..., a menos que se muestren reveladoras del destino de la República estadounidense, incapaz de superar la oscilación entre la cruzada y la retirada, así como de medir, con plena conciencia, las servidumbres adscritas a la preponderancia.

Kennedy, en opinión del profesor Raymond Aron, apareció en seguida como ágil y activo: quería ofrecerle al mundo otra imagen de Estados Unidos, y tanto hablaba el lenguaje de la guerra fría o, al menos, el de la confrontación, como el de la distensión. Se rodeó de universitarios, muchos procedentes de Harvard o de la *Rand Corporation*, que desplazaron a los juristas y hombres de negocios que formaron el grueso de los equipos y de consejeros durante los dos mandatos de Eisenhower y aun de Truman. *Estos profesores o investigadores habían elaborado un sistema de pensamiento más sutil que el de los generales o los almirantes*. La finalidad global de la estrategia estadounidense no sufrió mutación alguna, pero sus responsables tomaban conciencia más clara de los diversos terrenos en que se desarrollaba la rivalidad soviético-estadounidense: el militar (clásico y nuclear) y el político-ideológico, cuyos resultados dependían de las luchas de los partidos dentro de los Estados. *La subversión y la contra-insurgencia representaban una especie de dominio intermedio entre el terreno militar y el terreno político, ya que ambas tenían las dos dimensiones*.

Es obvio, pues, que los consejeros de Kennedy no se detuvieron ante los aspectos sórdidos clandestinos de la política del período. Curiosamente, su contribución se distinguió en el terreno militar. Ellos introdujeron en el Pentágono los modos de razonar elaborados, con el nombre de «estrategia nuclear», así como en las universidades o los institutos especiales, la concepción de un acuerdo soviético-

estadounidense que concertara los intereses comunes de los Dos Grandes, a fin de reducir al mínimo los riesgos de una guerra nuclear, cosa que nadie que no estuviese loco podía querer...

Consecuentemente, subraya el celebrado autor francés, a finales de 1962 o comienzos del 63, los Estados Unidos habían logrado un margen sustancial de superioridad sobre la Unión Soviética, de lo cual tenía plena conciencia el equipo Kennedy, pues creía poseer al mismo tiempo los medios de hostilidades clásicas limitadas (dos guerras) y una acción eficaz contra la subversión. La doctrina que profesaba en materia nuclear creó tensiones con los aliados europeos, pero sirvió bien en oportunidad de la crisis cubana: Kruschév les proporcionó la ocasión de conseguir un éxito y de aplicar la otra parte de la doctrina (el acuerdo explícito de los Grandes contra el riesgo de una guerra nuclear por accidente o por escalada). El mismo gusto por la acción les llevó a poner a prueba, primero en Laos y después en Vietnam, la técnica de la antisubversión; y los Estados Unidos hicieron una nueva etapa en el camino de lo que se convirtió en «la tragedia de Vietnam».

\* \* \*

La decadencia estadounidense, aunque de forma involuntaria, llegó de la mano de Lyndon B. Johnson. En efecto, cuando el mencionado político reemplazó en la Casa Blanca a J. F. Kennedy, asesinado, Estados Unidos estaba en la cumbre de su poder y de su gloria. La fórmula «ya sólo hay un Grande» era aceptada por todos los comentaristas, aun los más serios. En todos los terrenos se afirmaba indiscutible la superioridad de la República estadounidense. Como superioridad militar, en 1963, los Estados Unidos tenían emplazados al menos cinco veces más cohetes intercontinentales que los soviéticos. La Séptima Flota, en el Pacífico, y la Sexta, en el Mediterráneo, hacían reinar sobre las aguas la *pax americana*. Entre 1961 y 1965, se había acelerado el crecimiento de la economía estadounidense, y sus científicos se habían recuperado de su retraso en la conquista del espacio. Ciencia y técnica tras el golpe amonestador del *Sputnik*, conocían ahora un florecimiento excepcional. La planificación autoritaria de tipo soviético resultaba cada vez menos adaptable a las exigencias de una industria compleja. Las previsiones de la victoria soviética, fundada sobre la comparación de las tasas de crecimiento, caían en desuso. Simbólicamente, los excedentes agrícolas estadouni-

denses respondían a las necesidades soviéticas de importación; creadas por el débil rendimiento de la agricultura. El socialismo vacilaba entre los *soviets* y el *Middle West* estadounidense.

\* \* \*

Nixon, a los ojos del profesor Raymond Aron, significó la desorientación absoluta: La política de Nixon, por eso mismo, se presta a interpretaciones diversas, a causa de la aparente contradicción de dos objetivos sustanciales: negarse a *perder* la guerra de Vietnam y *desear mantener relaciones normales* con todos los Estados, incluidos los comunistas. Esa negación y ese deseo no se contradicen tan profundamente, y Kissinger alegraría, con toda seguridad, que el aceptar una derrota «humillante» les quitaría a los Estados Unidos la autoridad indispensable para que la retirada no se transformase en catástrofe, pues las maniobras de repliegue requieren a la vez elasticidad y fuerza moral. Nixon estaba condenado a tales maniobras, y las contradicciones que implicaban estaban a la vista tanto de los comentaristas mejor informados como del «hombre de la calle», pues los propios portavoces del presidente anunciaban (en abril de 1972) que había progresos en las negociaciones sobre la limitación de los armamentos estratégicos..., a la vez que la televisión mostraba largas filas de refugiados vietnamitas y formidables multitudes de barcos de guerra concentrados en el Golfo de Tonkin.

*La política de Nixon se separa históricamente de la de sus predecesores en la misma medida que se traduce, por primera vez, desde 1947, un esfuerzo por aparecer modesto, ni a Eisenhower, ni a Kennedy, ni a Johnson se les ocurrió jamás utilizar la expresión «low profile».* Esto no significa bajar la guardia, sino abstenerse de toda arrogancia —pero, para que engañarnos—, la posición era muy significativa.

\* \* \*

Creemos, luego de examinar detenidamente el pensamiento del profesor Raymond Aron, que, en rigor, a pesar de ser Estado sumamente preponderante, los Estados Unidos de América no han llegado a reinar de verdad sobre el resto de los pueblos del mundo. Y es que, entre otras muchas cosas, han cometido, especialmente en Corea y en Vietnam, errores estratégicos (como los cometen todos los estrategas); pero se han beneficiado con los errores cometidos por su rival

en Yugoslavia y en China..., así como los soviéticos se han aprovechado de los errores estadounidenses. El apoyo que los hombres de Washington dieron a Batista durante años, y del que le privaron repentinamente, le permitió a Fidel Castro llegar al poder; pero Castro ha permitido la «crisis de los cohetes» y su régimen ha degenerado en un miniestalinismo sin el éxito de los planes quinquenales, lo que le hace disuadir a los latinoamericanos de seguir análogo camino. Bastará que Washington reanude sus relaciones con La Habana para que el castrismo pierda el poco prestigio que le queda: y he aquí a los estadounidenses llegando otra vez al éxito por el fracaso.

Una cosa, sin embargo, es muy cierta —y perfectamente la subraya el profesor Raymond Aron—, que *la diplomacia estadounidense ha triunfado en Europa: no sólo porque ha contenido al comunismo, sino porque ha favorecido el progreso económico y la libertad humana*. El desembarco en la bahía de los Cochinos fue doble fracaso: político y moral; a su vez, la intervención en Santo Domingo fue un éxito militar y político a corto plazo, pero el costo moral es probablemente mayor que la ventaja política. Pero dejemos de lado esos episodios espectaculares para preguntarnos: *el éxito de haber contenido al comunismo ¿significa para las otras naciones éxito o fracaso? ¿Cuándo ha sido éxito y cuándo fracaso? Todo depende del régimen que solo, o con el apoyo estadounidense, logre sobrevivir... Los europeos del Este aclaman al presidente de Estados Unidos: lamentan no hallarse en la zona de influencia o de responsabilidad del «imperialismo». Y ¿en qué países sería aclamado Brezhnev?*

Demasiadas interrogantes pone ante nosotros el docto pensador francés para, en unas breves líneas, tratar de solventarlas. Podríamos afirmar, desde luego, que en los últimos años nadie ha interpretado de manera más prudente, objetiva y rigurosamente científica la significación y trascendencia de la *política exterior* norteamericana de los últimos cincuenta años. La conclusión final a la que llega el doctor Raymond Aron no puede ser más diáfana y aceptable: *los Estados Unidos difícilmente volverán a conocer periodos de tan sugestiva trascendencia como los que han vivido; al mismo tiempo, puede igualmente profetizarse, no sufrirán, en su inmediato futuro, grandes frustraciones. Esto quiere decir, en síntesis, que no volverán a mandar en el mundo, pero tampoco vivirán subordinados a nadie... ¿Será esto cierto?*

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA



*C R O N O L O G I A*

